

NOVEDADES Y READECUACIONES DEL PLAN REAGAN PARA CENTROAMERICA

Daniel Tzur

Tegucigalpa, Honduras
Junio, 1983

RESUMEN

El artículo sugiere que las últimas acciones que la Administración Reagan viene impulsando en la región centroamericana: apoyo abierto a las fuerzas anti-sandinistas, imposición de sanciones económicas contra Nicaragua, incrementos sustanciales en la ayuda militar y económica a El Salvador, Honduras y Guatemala, negativa rotunda a considerar cualquier opción de negociación y diálogo con la guerrilla salvadoreña, presiones sobre el Congreso norteamericano para que se pliegue a los esfuerzos bélicos norteamericanos en El Salvador y el endurecimiento de la tónica de los principales voceros de la Administración sobre la forma de tratar la situación política y militar del área, representan, no el diseño de un "nuevo plan" para enfrentar la crisis centroamericana, sino el reacomodo y la readecuación del plan general de la Administración Reagan, vigente desde su llegada al poder en 1981 y el corolario lógico de la reafirmación y consolidación de la línea neo-conservadora en la conducción y dirección de la política exterior norteamericana en general.

El hecho de que el Presidente Reagan haya convertido el caso centroamericano en el punto central de su agenda en política exterior, y que el análisis que la Administración norteamericana hace del conflicto como una simple derivación del enfrentamiento Este-Oeste, parecen significar, en el corto y mediano plazo, la posibilidad de una desestabilización regional mayor que aleja toda posibilidad de arreglos pacíficos y negociados entre las partes contenientes del área.

1. Introducción

Durante los últimos tres años y medio de guerra civil en El Salvador ha quedado claro el papel creciente y decisivo que juegan los EE.UU. en la determinación del quehacer político, económico, social y militar del país. A su vez, la crisis

centroamericana se ha convertido no sólo en preocupación constante para las principales instancias gubernamentales en Washington, sino también en el tema central de la agenda del Presidente Reagan en materia de política exterior. La reciente remoción de dos altos funcionarios encargados de la implementación de la política nor-

teamericana hacia la región (el Subsecretario de Estado Enders y el Embajador Hinton) también ha puesto de manifiesto la importancia que tienen los acontecimientos centroamericanos en la pugna por el poder que se está dando al interior de la Administración Reagan.

Desde principios de 1983, la Casa Blanca ha venido dando muestras de una creciente preocupación por lo que percibe como el deterioro alarmante de la situación interna salvadoreña. Junto a dos discursos del Presidente Reagan destinados a tratar el problema y a delinear la política para la región, su Administración ha subido el tono de la retórica e impulsado una serie de acciones concretas que muestran un claro endurecimiento de la postura norteamericana en la zona y parecen sugerir que Washington ha diseñado un "nuevo" plan para enfrentar la crisis centroamericana. Entre estas acciones están el reforzamiento del poderío militar hondureño; el apoyo abierto a los contrarrevolucionarios antisandinistas; la imposición de sanciones económicas contra Nicaragua; los incrementos sustanciales en la ayuda militar para El Salvador y en las presiones sobre el Congreso norteamericano para obtenerlos; el incremento en el número de asesores estadounidenses en la región; la negativa rotunda a considerar cualquier opción de negociación y diálogo con la guerrilla salvadoreña y la decisión de boicotear cualquier esfuerzo multinacional que busque distender las tensiones del área por la vía de negociaciones bilaterales; la reanudación de la venta de equipo bélico a Guatemala; los esfuerzos y presiones por crear un ejército o un cuerpo armado en Costa Rica; y el desplazamiento del Departamento de Estado en la conducción de la política hacia la región por personalidades del Consejo Nacional de Seguridad, la Casa Blanca y la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

Sin embargo, hay suficiente evidencia que parece indicar que, más que un "nuevo" plan, nos encontramos ante el reacomodo y la readecuación del plan general de la Administración Reagan, vigente desde su llegada al poder, corolario lógico de la reafirmación y consolidación de la línea neo-conservadora en la conducción y dirección de la política exterior norteamericana en general. Para el caso centroamericano, el hecho de que la embajadora ante las Naciones Unidas, Jeane Kirkpatrick, y el asesor de Seguridad Nacional, William P. Clark, máximos representantes de esta línea, se hayan convertido en los principales consejeros del presidente en asuntos centroamericanos, y que se haya removido a En-

ders por considerarlo demasiado "suave", parecen confirmarlo.

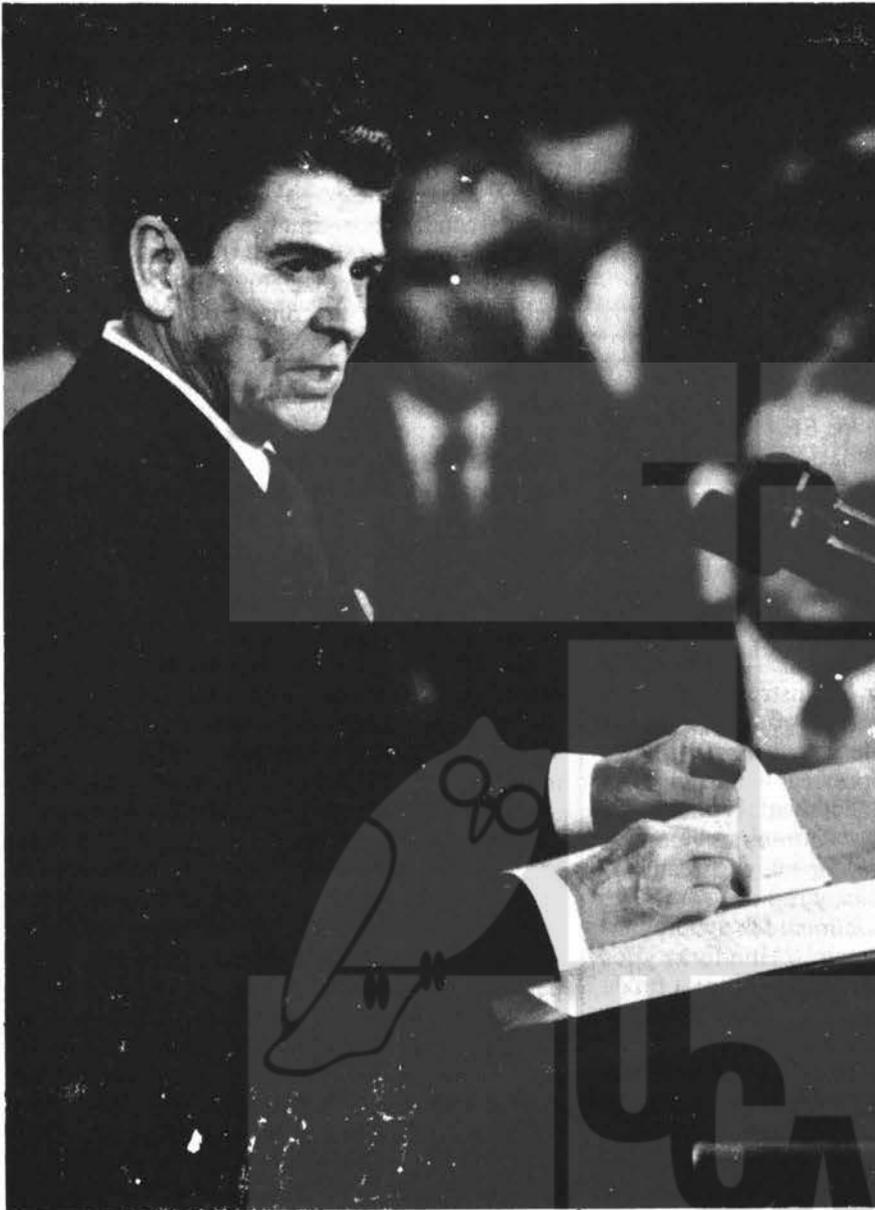
Este trabajo pretende dilucidar en qué consisten los replanteamientos y reformulaciones que en estos momentos se están dando en esferas definitorias de la política exterior de Washington, y las repercusiones que éstos puedan tener para el conflicto salvadoreño a corto y mediano plazo.

2. Los objetivos del "plan Reagan"

Antes de la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca, diversos integrantes del equipo encargado de formular su plataforma programática y doctrinaria habían enfatizado reiteradas veces que la región centroamericana sería uno de los puntos claves en la política exterior del futuro gobierno republicano. Priorizando los asuntos de seguridad por encima de los problemas socio-económicos y de violación de derechos humanos, los ideólogos neo-conservadores veían a América Latina en general, y a Centroamérica en particular, no sólo como el tradicional "patio trasero" de los EE.UU., sino como el escenario donde se cavaría la "trinchera principal" destinada a detener el "expansionismo soviético". En diversos documentos se reconocía que las políticas seguidas por administraciones anteriores, especialmente la del Presidente Carter, no solamente habían obviado la importancia estratégica del área centroamericana y del Caribe, sino que tampoco habían sido eficaces para prever y resolver las crisis y, de alguna manera, habían contribuido a agudizar los problemas hemisféricos.¹

Esta visión, que empieza a ser dominante en las esferas gubernamentales en el último año de la Administración Carter, insistirá en presentar los problemas centroamericanos como derivación directa de la confrontación Este-Oeste, y en que la obtención de resultados concretos en el corto plazo (detener nuevos "asaltos al poder" por parte de fuerzas "anti-norteamericanas" y "pro-comunistas" en Centroamérica) daría mayor credibilidad a la línea de contención. Con ello, los EE.UU. estarían en vías de recuperar su papel de líder confiable y seguro, tanto a nivel de sus aliados como de sus enemigos.

En este sentido, El Salvador fue escogido como el sitio "por excelencia" donde debía de demostrarse la disposición política del nuevo gobierno republicano a cumplir sus promesas. Roger Fontaine, coordinador del grupo de asesores



de Reagan en materia de política latinoamericana, declaraba en agosto de 1980 que la nueva Administración “actuaría con mayor agresividad para preservar lo que aún queda y proteger las oportunidades restantes para la democracia, sobre todo en Centroamérica”.²

Arguyendo que en la mayoría de países centroamericanos existían “minorías armadas, respaldadas principalmente por cubanos” que “pretendían desestabilizar regímenes que intenta-

ban opciones democráticas”, Fontaine proponía que se adoptara “algo así como una Doctrina Truman”, que significaría “dar a esas naciones —El Salvador por una parte y Guatemala por otra— una ayuda económica mucho mayor de la que están recibiendo, al menos a corto plazo, especialmente en el caso de El Salvador. Ello implica que necesitan entrenamiento y asesores militares”.

Fontaine también se mostraba partidario de

formar un gobierno de "reconciliación nacional" el cual debería de ser apoyado masivamente por los EE.UU. "Si necesitamos quinientos millones de dólares, tenemos que decirle al Congreso que necesitamos quinientos millones de dólares y pronto. Ya hicimos eso en el pasado, cuando era de nuestro interés y cuando había una emergencia, cuando hubo un país clave envuelto. Hicimos eso en Grecia en 1947 con la Doctrina Truman".

Importa destacar que en esas declaraciones de Fontaine se encuentran los ingredientes básicos utilizados por el Presidente Reagan en su discurso del 28 de abril de 1983, ante una sesión conjunta del Congreso de los EE.UU., destinada a buscar el apoyo bipartidario para su política hacia Centroamérica.

En términos generales, los objetivos de la Administración Reagan para la región al tomar posesión en 1981, podrían resumirse así:

— Impedir a cualquier precio un posible triunfo de las fuerzas revolucionarias en El Salvador.

— Crear y estimular los instrumentos políticos necesarios que sirvieran para legitimar a aquellos gobiernos que de una u otra forma se encontraban dominados por regímenes militares (Guatemala, Honduras y El Salvador) y sobre los cuales existían cláusulas impuestas por el Congreso de EE.UU. que impedían la reanudación de la ayuda económica y militar.

— Aumentar sustancialmente la ayuda militar a El Salvador, Guatemala y Honduras y los niveles de cooperación entre sus ejércitos a fin de que pudiesen derrotar la insurgencia interna y afrontar el "peligro" sandinista.

— Desestabilizar económica y militarmente al gobierno de Nicaragua y buscar reemplazarlo por un gobierno "amigo" de los EE.UU.

— Aislar todo lo posible la ayuda e influencia que Cuba pudiera dar tanto a Nicaragua como a los movimientos insurgentes en El Salvador y Guatemala.

3. La ejecución del plan

Si bien estos eran los objetivos básicos del proyecto, la constitución de los instrumentos y recursos necesarios para su implementación han tenido que pasar por una serie de fases y han encontrado serias dificultades y obstáculos, tanto a nivel internacional como interno norteamericano.

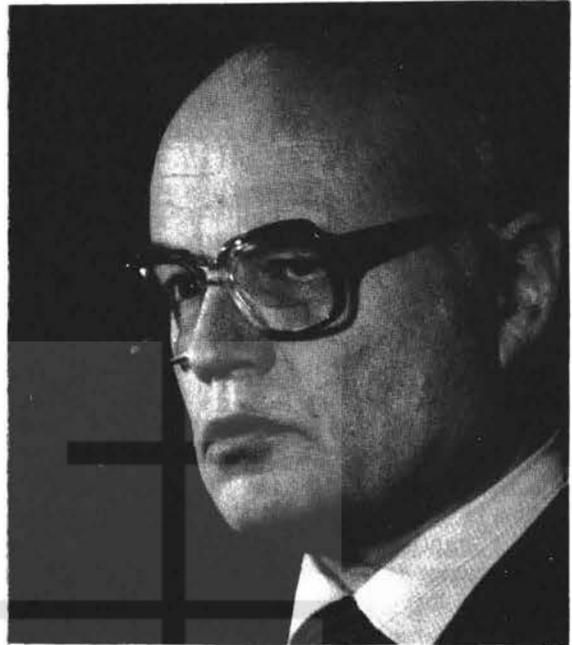
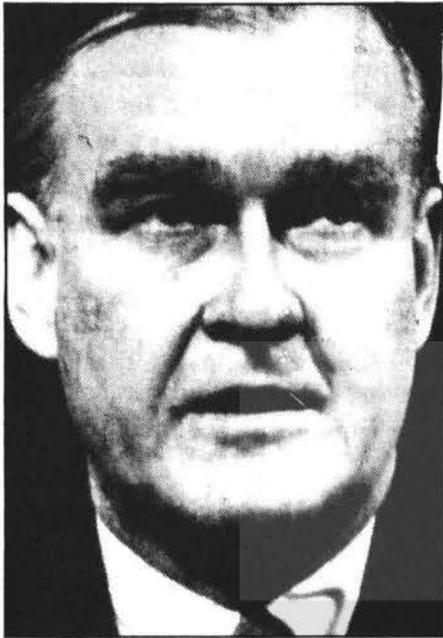
3.1. El período de "transición"

Denominamos período de "transición" aquel en el que se instala el nuevo gobierno republicano y empieza a lidiar con la mayoría de problemas heredados de la Administración Carter. Se extiende de enero de 1981 a marzo de 1982 y se caracteriza por el nuevo estilo "empresarial" que le imprime Reagan a la presidencia; la conformación y reorganización de la Casa Blanca y del nuevo equipo de consejeros y ministros; los antagonismos entre diversos grupos conservadores derivados de los nombramientos y directrices políticas adoptados por algunos funcionarios y la necesidad de enfrentar una serie de focos de tensión mundial, entre ellos la crisis centroamericana, para la cual aún no se tenía una línea de acción coordinada y definida ni el equipo y personal necesario para hacerle frente tal y como se hubiera querido.

El entonces Secretario de Estado, Alexander Haig, llama a Thomas Enders, Frederic Chapin, John Dimitri Negroponte, Deane Hinton, y otros, todos ellos funcionarios del Departamento de Estado, la CIA y el Departamento de Defensa, quienes habían sido co-participes en la formulación y ejecución de la política exterior norteamericana durante la guerra de Viet-Nam y Camboya, a conformar el equipo que debía afrontar la crisis centroamericana con políticas energéticas, ligadas más a soluciones militares y estratégicas que a aquellas encaminadas a profundizar los cambios socio-económicos y el respeto por los derechos humanos. Sin embargo, muchos de estos nombramientos, entre ellos el de Enders, fueron duramente criticados por los sectores neo-conservadores quienes querían ver implementada una línea más intervencionista y más dura hacia la región y no del corte "kissingeriano" y "anti-comunista pragmático" que estos funcionarios pudieran representar.³

Durante todo este período se aumenta el número de asesores militares en El Salvador y se aumenta la ayuda económica y militar de 79.33 millones de dólares en 1980 a 180.37 millones de dólares en el año fiscal 1981.⁴

Acompañando esta masiva ayuda militar y económica, Washington despliega, por un lado, toda una campaña diplomática internacional destinada a insistir en el carácter "injerencista" del gobierno de Managua en los asuntos internos salvadoreños y a presentar el conflicto como derivación de la confrontación Este-Oeste, y por el



otro, decide conjuntamente con el gobierno salvadoreño, la convocación y preparación de elecciones para Asamblea Constituyente.

Las elecciones en sí, representaron una de las piezas fundamentales para la orquestación de la política de la Administración para la región. Las elecciones no sólo suponían ser el instrumento político necesario que acompañaría el esfuerzo militar para derrotar a la guerrilla, sino también, la justificación ante el Congreso de los EE.UU. de la necesidad de brindar más ayuda económica y militar al país. Además se inscribían dentro del resto de procesos electorales (Honduras, Costa Rica y Guatemala) que servirían como el "reajuste democrático" necesario para hacer un frente político y militar común en contra del "comunismo y la subversión" y a la vez contribuirían a aislar física y políticamente a la revolución sandinista a través de la constitución de organismos regionales tales como la llamada "Comunidad Democrática Centroamericana".⁵

En todos los países centroamericanos, las embajadas de EE.UU. se convirtieron, de hecho, en los centros reales de decisión en cuanto a la forma, lo conveniente, y el significado verdadero de los procesos electorales. Como afirmara el sub-secretario Enders, las elecciones se prepararon localmente, pero fácilmente habrían fracasado de no ser por el firme apoyo brindado por la Administración Reagan.⁶

3.2. El desarrollo del plan y sus obstáculos

A principios de 1982, con el anuncio del "Plan para la Cuenca del Caribe", el gobierno norteamericano empezó a perfilar mejor y con mayor claridad su política hacia la región. Pero fue hasta abril de ese año, días después de la contienda electoral en El Salvador y del golpe de Estado en Guatemala, que el Presidente Reagan aprobó un documento en el cual se trazaron las medidas, las políticas y las tácticas que debería seguir la Administración con el objetivo prioritario de evitar la "proliferación en Centroamérica de Estados inspirados por el modelo cubano que pudieran representar una amenaza militar y económica a los EE.UU."⁷

El documento evaluaba que, los procesos electorales que se habían realizado en Honduras, Costa Rica y El Salvador; el golpe de Estado de los "oficiales jóvenes" en Guatemala; el "minigolpe" en Panamá que había llevado al mando de la Guardia Nacional a un oficial más "proamericano" y la creciente presión a la que estaba sometida Nicaragua como consecuencia de la actividad encubierta realizada por los EE.UU., eran los grandes logros alcanzados desde la llegada del Presidente Reagan a la Casa Blanca y los que habían impedido un "deterioro mayor de las posiciones norteamericanas en Centroamérica".

A pesar de estos logros, se señalaban una se-

Reagan tiene un equipo para afrontar la crisis centroamericana con políticas enérgicas, orientadas más a las soluciones militares que a los cambios socio-económicos y el respeto a los derechos humanos.

rie de obstáculos que aún hacían difícil la eliminación de la "influencia soviético-cubana" en la región; el poderío de la guerrilla salvadoreña y guatemalteca seguía siendo fuerte; la falta de un consenso político tanto en El Salvador como en Guatemala podía conducir a una desintegración política; el Congreso y la opinión pública norteamericana, así como la opinión pública internacional, sobre todo la europea y mexicana, seguían adversando el proyecto de la Administración; Cuba y Nicaragua persistían en apoyar a las fuerzas insurgentes en Centroamérica; la OLP y Libia continuaban dando ayuda militar y financiera a la "extrema izquierda"; y la economía regional continuaba deteriorándose causando "dislocaciones sociales y políticas" que impedían los "esfuerzos por estabilizar la región".

Para hacer frente a estos problemas, la estrategia a seguir consistía en la "constitución de un compromiso sostenido y efectivo hacia la región" en donde la "consistencia y el apego" al proyecto eran la clave para hacerlo avanzar y tener éxito.

Además de insistir en una serie de medidas tendientes a mejorar la capacidad bélica de los ejércitos de la región, el documento proponía que se boicotearan todas las iniciativas de negociación y que se demostrara un "enfoque razonable pero firme a las negociaciones buscando compromisos" en términos favorables al proyecto norteamericano. Con esto, se pretendía eludir los esfuerzos que el Congreso de los EE.UU.,

podría hacer por vincular la aprobación de la ayuda militar a la "promoción de conversaciones entre las partes contendientes en la región", y también podría suavizar las críticas provenientes de la opinión pública internacional que exigían soluciones políticas y no militares al conflicto.

Asumiendo que habría suficientes fondos para implementar todas las medidas estipuladas, el documento preveía un escenario para el año fiscal 1984, con resultados favorables para los intereses norteamericanos: se habrían fortalecido las estructuras "democráticas" internas y regionales; se habría recuperado la confianza en el liderazgo norteamericano; Nicaragua estaría más aislada y con mayores problemas internos; la capacidad del ejército salvadoreño habría mejorado notablemente al tiempo que habría mayor división al interior del FMLN-FDR; habría habido elecciones para presidente y para asamblea constituyente en El Salvador a finales de 1983; y Guatemala se habría estabilizado.

Muchas de las acciones que la Administración Reagan viene implementando en la región a partir de marzo de 1982, adquieren sentido y explicación a la luz de este documento. Sin embargo, los acontecimientos acaecidos a nivel mundial y regional durante este período parecen indicar que la consolidación e implementación del proyecto ha encontrado serias y sorpresivas adversidades no previstas. Lo anterior parece obedecer en gran parte, a la falta de correspondencia entre la realidad y la forma en que Washington ha ido abordando, pensando e in-



terpretando la problemática centroamericana y a la serie de contradicciones que la aplicación de la política exterior de Reagan ha suscitado a nivel internacional y dentro de los mismos EE.UU.

La misma renuncia de Alexander Haig como Secretario de Estado y su sustitución por George Schultz, reflejo también de las pugnas burocráticas al interior de las diferentes instancias gubernamentales en Washington, mostró abiertamente las serias divergencias entre las distintas facciones republicanas respecto a la forma en que se debía conceptualizar y manejar los focos de tensión mundial. Para el grupo neo-conservador, los criterios y estilos de Haig no habían logrado, pese a su retórica encendida, articular una política exterior coherente y "drástica" que aumentara los espacios de acción que pudieran restablecer el poderío norteamericano en el mundo. En este sentido, el estilo "empresarial y callado" de Schultz, se creía, se subordinaría a los deseos del presidente y sus más cercanos colaboradores y, lograría hacer avanzar y consolidar también el proyecto en Centroamérica, pese a las contradicciones que se habían generado con varios países latinoamericanos a raíz del apoyo que los EE.UU. habían dado a Inglaterra durante el conflicto de las Malvinas.

Si en un principio, Schultz y otros funcionarios del Departamento de Estado cambiaron la tónica del discurso de la política exterior norteamericana hacia la región, volviendo a reconocer la existencia de estructuras sociales y políticas injustas como causantes parciales de la crisis centroamericana, el viaje del Presidente Reagan por varios países de América Latina a finales del año pasado, reafirmó que el eje de la preocupación fundamental para Washington seguía siendo la situación regional vista bajo el prisma del enfrentamiento Este-Oeste.⁸

El Congreso norteamericano, por su parte, fue dando muestras de insatisfacción con el enfoque y la política que Reagan fue desplegando hacia la región. A pesar de que la mayoría de congresistas compartían la idea estratégica de la Administración de impedir la "proliferación de Estados inspirados por el modelo cubano", se negaban a aceptar el hecho de que sólo a través de la radicalización de la política exterior norteamericana se podía lograr tal objetivo. Además, se mostraban críticos de los procesos semestrales de certificación que el Presidente hacía en materia de mejora de los derechos humanos en El Salvador; de la reanudación de la ayuda militar a Guatemala; del excesivo fortalecimiento militar de Honduras y el apoyo encubierto a los contrarrevolucionarios antisandinistas y de la forma en que la Administración Reagan recababa información de lo que sucedía en la región centroamericana. En un informe presentado ante una de las comisiones de la Cámara de Representantes se decía que el análisis que la inteligencia norteamericana hacía de la zona estaba plagado y viciado de "inexactitudes, simplificaciones y declaraciones falsas".⁹

La presión interna norteamericana por buscar soluciones políticas y negociadas, y las resoluciones adoptadas por la Cámara de Representantes que, después de las elecciones de noviembre había resultado numericamente más adversa a Reagan, fueron abriendo la perspectiva, si no de una posible suspensión de toda la ayuda militar a Centroamérica, por lo menos de un fuerte condicionamiento para otorgarla.¹⁰

En este contexto, el continuo deterioro de la situación política y militar en El Salvador, resultado de las ofensivas guerrilleras lanzadas desde octubre del año pasado y de la falta de una respuesta apropiada por parte del ejército para dete-





Las ofensivas del FMLN y la falta de respuesta apropiada por parte de la Fuerza Armada generaron nerviosismo entre los principales conductores de la política norteamericana, pues no están preparados para afrontar la posibilidad de ver fracasar su proyecto para El Salvador

ner los avances del FMLN, así como la poca cohesión existente al interior del gobierno de "Unidad Nacional", hizo que se acrecentara el nerviosismo entre los principales conductores de la política norteamericana, quienes no estaban ni intelectual, ni política, ni estratégicamente preparados para afrontar la posibilidad de ver fracasar su proyecto regional.¹¹

3.3. La readecuación del plan

Durante los primeros meses de este año, sobre todo después de la visita que realizara Jeane Kirkpatrick en febrero a la región, los más cercanos ayudantes del Presidente Reagan llegan a la conclusión que, para impedir un mayor deterioro de la situación, se debía actuar con mayor apego y energía de acuerdo a los objetivos trazados en abril de 1982, readecuándolos a las nuevas circunstancias y además, aconsejan a Reagan de que no podía permanecer al margen de los asuntos tal como lo había hecho en los dos años anteriores y que él, personalmente, debía manejar la problemática públicamente si quería conseguir el apoyo del Congreso para un creciente y sostenido esfuerzo por parte de los EE.UU. hacia Centroamérica.¹²

La renovada "línea dura" que empieza a oírse desde entonces y que pone fin al período de "perfil bajo" mantenido por Schultz, concibe que la única forma de "no perder la guerra" es (1) incrementando el involucramiento norteamericano en El Salvador; (2) aumentando la presión política sobre el Congreso para plegarse al proyecto; (3) centralizando la conducción de la política hacia la región por instancias que tuvieran más afinidad con el presidente y capacidad de decisión rápida y eficaz¹³; (4) acelerando los procesos de desestabilización a Nicaragua y (5) utilizando todos los recursos de información y propaganda, para tratar de impactar al movimiento opositor norteamericano y a los aliados europeos y latinoamericanos, sobre la amenaza que representaría para la seguridad de los EE.UU. un "triunfo del comunismo en El Salvador".

La necesidad de endurecer la postura parece obedecer también a la "sólida voluntad existente entre los estrategas más conservadores en materia de política norteamericana hacia América Latina —la embajadora ante la ONU Jeane Kirkpatrick, el embajador especial Vernon Walters, y el Consejero de Seguridad Nacional William Clark— de obstaculizar cualquier cambio en las

Pese a que los planteamientos de Reagan han sido criticados de simplistas, la oposición hasta ahora no ha podido articular una contrapropuesta política suficientemente enérgica.

líneas políticas fundamentales que se había trazado la Administración para Centroamérica y especialmente para El Salvador".¹⁴ Estas, a juicio de los estrategas, estaban siendo "mal interpretadas" por Thomas Enders al proponer una estrategia de "doble vía" por parte de los EE.UU. hacia El Salvador que suponía la promoción de negociaciones con la guerrilla por intermedio de terceros países (posiblemente España, aunque se contemplaba la posibilidad de México, Venezuela y Colombia) al tiempo que se aumentaba el apoyo al ejército y gobierno salvadoreño en su esfuerzo militar para derrotar a los rebeldes.¹⁵

La propuesta de Enders, aparentemente filtrada a los medios de comunicación por los colaboradores de Jeane Kirkpatrick, tocó las fibras más delicadas de la pugna al interior de la Administración y condujo a que Reagan se pronunciara a favor de la postura neo-conservadora de Clark y Kirkpatrick quienes se mostraban reacios y escépticos a cualquier tipo de diálogo y negociación con la izquierda salvadoreña.¹⁶

Es así que, en medio de la oposición del Congreso a su política regional, el deterioro de la situación política y militar en El Salvador, el aumento de la crítica internacional por la radicalización de la injerencia norteamericana en la región, y las serias pugnas al interior de la Administración, el Presidente Reagan, aceptando la postura neo-conservadora, decide transformar el problema centroamericano en el tema central de su agenda en materia de política exterior, convencido de que si se pudiera revertir la actual tendencia de cosas antes del inicio de la campaña electoral presidencial de noviembre, la ganancia política bien valdría los riesgos.

En este contexto, se orquesta toda la campaña de propaganda que culmina con el discurso pronunciado por el Presidente Reagan ante una sesión conjunta del Congreso de los EE.UU. a finales de abril, y que tenía como principal objetivo la búsqueda de un apoyo bipartidario para su política hacia Centroamérica. La teoría principal de este discurso y de otros que se dan en el mismo período va encaminada y orientada a insistir en el carácter estratégico de Centroamérica para la seguridad y bienestar de los EE.UU., y a hacer ver que la Administración sólo tiene dos alternativas en Centroamérica: continuar apoyan-

do económica y militarmente a los gobiernos aliados o permitir "una nueva Nicaragua" y que, de ocurrir esto último, la corresponsabilidad directa de este "nuevo triunfo comunista" caería sobre los propios congresistas, especialmente los demócratas.¹⁷

Pese a que los planteamientos de Reagan han sido criticados de simplistas por los críticos demócratas y republicanos, la oposición hasta ahora no ha podido articular una contrapropuesta política lo suficientemente enérgica que se oponga a la del presidente y aunque a regañadientes, el congreso le ha ido otorgando al presidente los fondos que éste ha requerido para su política regional. Sin embargo, Reagan ha tenido que ceder en algunos puntos. De esta manera, el anuncio del adelanto de las elecciones en El Salvador para finales de 1983 y el nombramiento de Richard Stone como enviado especial del presidente para Centroamérica, parecen ser la parte central de la readecuación que Reagan ha hecho para lograr el consenso bipartidario, pues con estas medidas, se pretende acentuar el carácter político del proceso salvadoreño y abrir las puertas para "posibles" participaciones de la izquierda en el juego electoral, aunque en esencia lo que se busca sea generar las condiciones que permitan por un lado, ganar el tiempo necesario para readecuar los instrumentos militares regionales e internos salvadoreños necesarios para derrotar a la insurgencia, y por el otro, la justificación de más ayuda económica y militar al régimen salvadoreño por sus intentos de "democratización".

Los reajustes y las readecuaciones del plan Reagan pues, no parecen significar en el corto y mediano plazo, un cambio sustancial de la política norteamericana para la región que pudieran conducir a soluciones políticas, racionales y nacionales de los conflictos centroamericanos. Al contrario, parecen alentar aún más los procesos de desestabilización regional y conducir a una conflagración de mayores dimensiones. Lo que sí ha quedado en claro es el fortalecimiento de las posiciones más radicales dentro de la Administración Reagan que, para el caso centroamericano, privilegian la fuerza a la razón.

Tegucigalpa, junio de 1983.

1. Existen dos documentos básicos para entender la política que seguiría la Administración Reagan hacia la región:
 - a. el informe elaborado por el Comité de Santa Fe en mayo de 1980 por encargo del Consejo para la Seguridad Interamericana y titulado **Las relaciones interamericanas: Escudo de la seguridad del nuevo mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos**;
 - b. la **Plataforma del partido republicano** sobre todo los capítulos referentes a la política exterior.
 Ambos documentos parecen publicados en **Cuadernos Semestrales, Estados Unidos: perspectiva latinoamericana**, CIDE; México, No. 9., 1981
2. Entrevistas efectuadas a Roger Fontaine por reporteros del **Miami Herald** y **Jornal do Brasil** y reproducidas por **Cuadernos Semestrales**, op. cit.
3. Véase: **Estados Unidos: Perspectiva latinoamericana**, CIDE; México, Número 6, 1981.
4. La ayuda militar aumentó de \$5.95 millones a \$304.50 millones.
Para el desglose de la ayuda de EE.UU. a toda Centroamérica véase Biddle, William Jesse and Morrell, Jim, **Central America: The Financial War**, Center for international Policy, Washington, marzo, 1983.
5. Para mayor análisis sobre el significado de las elecciones centroamericanas para la Administración Reagan, véase: Tzur, Daniel, **Elecciones en Centroamérica**, en **ECA**, 1982, 402.
6. Véase **Proceso**, 94.
7. El documento, titulado **La política de los EE.UU. en Centroamérica y Cuba para el año fiscal 1984: documento sumario** fue aprobado al final de una reunión de trabajo del "Grupo de Planificación de Seguridad Nacional" y mantenido en secreto hasta el 4 de abril de 1983, cuando el periódico **The New York Times** lo hizo público. El Grupo de Planificación de Seguridad Nacional fue constituido a mediados de 1981 por el Presidente Reagan para discutir con sus más allegados colaboradores, asuntos de política exterior. Sus miembros son el Vice-Presidente, el Secretario de Estado, el Secretario de Defensa, el Director de la CIA, el Director del Consejo de Seguridad Nacional y los tres ayudantes principales del Presidente en la Casa Blanca.
8. El 20 de agosto de 1982, Thomas Enders, pronunció un discurso en el que reafirmaba que las causas de la actual convulsión en Centroamérica eran el predominio de "dictaduras", "un injusto y cruel sistema de tenencia de la tierra", la estrategia violenta de las "extremas" de derecha e izquierda. Enders proponía además, llamados a la "reconciliación" y "diálogos" para solucionar los conflictos. Véase **Proceso** 78.
9. "Intelligence data on Central America Seriously Flawed. U.S. panel charges," **The Miami Herald**, 24 de septiembre de 1982.
10. Por ejemplo, a finales de año, la Cámara de Representantes adoptó la "Enmienda Boland" que le prohibía al Departamento de Defensa y a la CIA, la venta de armas y el entrenamiento a fuerzas anti-sandinistas.
11. "U.S. Aides See Need for Big Effort to Avert Rebel Victory in El Salvador," **The New York Times**, 22 de abril de 1983.
12. *Ibid.*
13. De acuerdo al artículo del **New York Times**, existe un grupo interdepartamental que opera bajo la autoridad del Consejo Nacional de Seguridad y el cual se reúne dos veces por semana para analizar y diagnosticar aquellas acciones que los EE.UU. deben tomar respecto a la situación en El Salvador. Aunque no participa en las reuniones, todo parece indicar que la "fuerza intelectual central" del grupo es Jeane J. Kirkpatrick. Véase *Ibid.*
14. "Tough talk on El Salvador recalls Haig," **The Miami Herald**, 27 de febrero de 1983.
15. "U.S. weihns plan for 'two-track' policy on El Salvador," **The Washington Post**, 10 de febrero de 1982.
16. En su tesis doctoral, Jeane J. Kirkpatrick hace una clara distinción en la forma que el gobierno de los EE.UU. debería de tratar a regimenes "autoritarios" de derecha y regimenes "totalitarios" de izquierda. Véase Kirkpatrick, Jeane. "Dictatorships and double standards," **Commentary**, noviembre de 1979.
17. El Presidente Reagan, ante un grupo de hombres de negocio en la ciudad de San Francisco declaró el 4 de marzo que "El gobierno salvadoreño se halla en la primera línea de una batalla dirigida contra el corazón del hemisferio occidental y, finalmente, los EE.UU." Los mismos argumentos vuelven a aparecer en el discurso del 28 de abril ante el Congreso.